



## Niños de mango

//Natalia Soriano

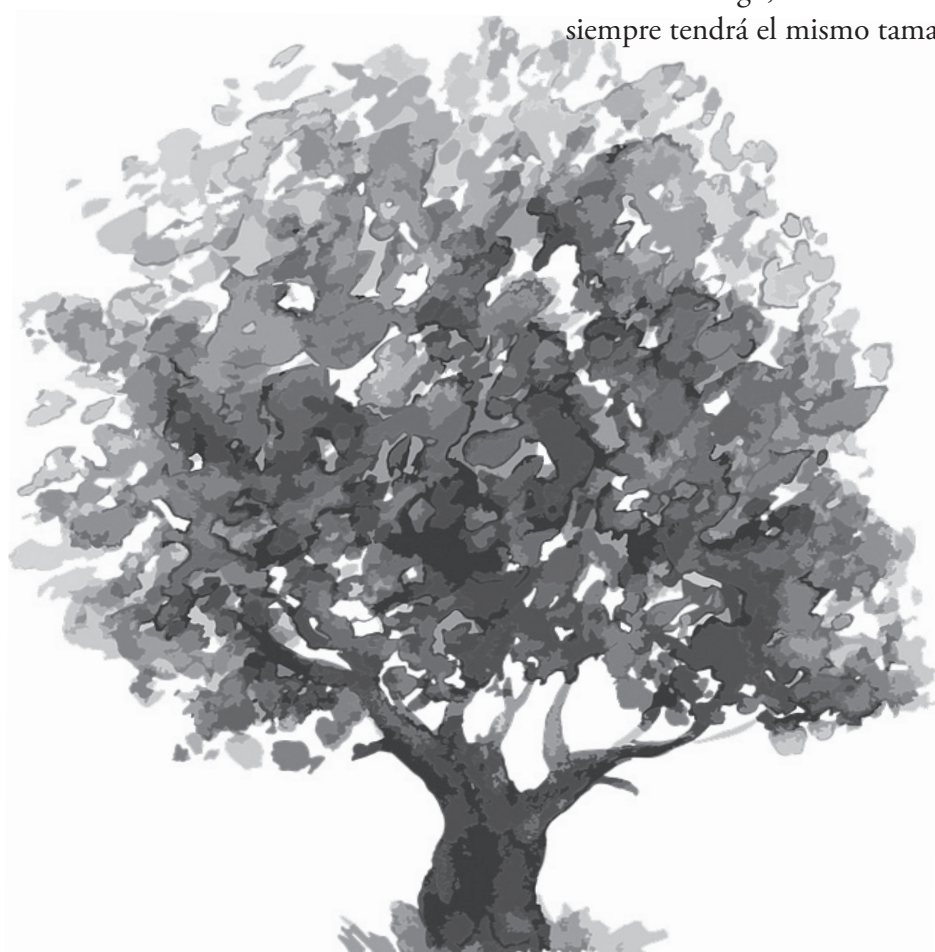
Estudiante de Creación Literaria  
Universidad Central

Los hijos de Melisa y Tatiana son pepas de mango. Toman sopa de margaritas y beben leche de tierra. Juegan con pelotas de guayaba y dan pasitos cortos porque hasta ahora están aprendiendo a caminar. Si les duele el estómago, toman jarabe de hojas.

Cuando a las niñas les da hambre, botan a sus hijos de mango y los dejan en el patio. Melisa y Tatiana pisan la sopa de margaritas y corren a la casa para comer galletas con mermelada. Si los niños lloran, ya no los escuchan, a las pepas de mango no les duele el estómago. **E**

## La tía Darley limpia con una esponja los dibujos de la pared

Tatiana pinta una casa amarilla en una pared de la casa, dentro de ella retrata a José Ángel, a Empera, Salvador, Rosario y Miguelito. Los viste con ropa de colores como siempre los vio antes de que se fueran. Se dibuja a sí misma (una pared se volverá Tatiana o una Tatiana se volverá pared). Aunque deje de bañarse en el patio, jugar con las hormigas y los niños de mango, al interior de esa casa siempre tendrá el mismo tamaño. **E**



---

# A LA ESPERA

---

**//Carlos Salvador Hernández**

Estudiante de Lingüística y Literatura  
Universidad de Cartagena

Justo en la bocacalle que nace en medio de la librería de Di Benedetto y la tienda regida por cachacos; cerca de un negocio de fritos y bajo el amparo de una sombra proyectada por un letrero de cerveza, desde donde podría ver con facilidad la fachada de la iglesia y un Simón Bolívar en negligencia en medio del parque, ahí, justo en ese sitio lo tendría que dejar el autobús. Al aparse, con su morral haciendo presión en sus hombros, podría haber tenido la sensación de que estuvo viajando en un ovni durante años y que justo ese día, en esa esquina, a la hora de mediodía lo habrían abandonado y dejado a su suerte.

A lo mejor se quedaría allí parado por un momento, y esperar a que todo tomara coherencia, mientras estaría dudando si ese era el pueblo correcto, sí no se habría equivocado. A esa hora sería el único pasajero en llegar y lo asombrará la nula concurrencia, sólo mitigada por un grupo de perros correteando alrededor del parque, envalentonados por quién sabe qué cosa.

Puede que mientras considere la idea de embarcarse e irse nuevamente, encienda un Chesterfield. Como si al fumarlo encontrará la respuesta. Caminará.

Tomaría hacia la derecha y andaría hasta toparse con el local del italiano sin poder evitar la fuerza gravitacional que la librería ejercería sobre él. Entraría. Habrá de franquear las puertas batientes y al ver las paredes erizadas por los lomos de los libros sentiría algo muy parecido al deseo carnal. Seguro que el viejo Di Benedetto, bonachón, como siempre, abandonaría el mostrador y se acercará para intercambiar unas palabras con el visitante. Acaso el librero se sorprendería al escuchar que el visitante le gustaría saber si tenía un ejemplar de *La pieza oscura* de Enrique Linh, y él antes de decir que no la tenía, diría con ínfulas de un sesudo académico que la mejor poesía chilena se encontraba concentrada en Huidobro y Mistral y que se puede prescindir de lo demás, que de éstos dos autores sí tenía y señalaría los libros a sus espaldas.



Fatigado por las horas de viaje y la resolana del lugar caminaría hasta el fondo del local, donde están las mesitas de lectura, quizá sin escuchar las últimas palabras del librero, como si este fuese un fantasma que se conjura con el simple hecho de serle indiferente. Tomaría asiento en la mesita más umbría y se desembarazaría del morral para sacar su libreta de apuntes, como suele hacerlo, e intentaría hacer un poema de la sensación que tuvo al apearse del autobús. Pero sería interrumpido por la figura de Di Benedetto ofreciéndole café o cerveza y él pediría, por supuesto, la cerveza. Con certeza puedo afirmar que su cuerpo le exigiría más de tres cervezas y el infalible regusto de unos Chesterfield. Di Benedetto a causa de la poca interacción que le permite el negocio y la curiosidad que la causaría su nuevo cliente, se acercaría a él otra vez y entablará una conversación que giraría en torno a libros y el futuro precario de las librerías amenazadas por pulsaciones mediáticas. Y mientras avanzan en la conversación y se apuran las cervezas y se enciende cigarrillos, caerán en la impresión de ser amigos hace mucho.

Unos cuartos de hora más tarde Di Benedetto lo despedirá en la puerta haciéndole la invitación al club literario que se realiza los jueves en su librería, por si no se iba pronto, por si le apetece.

Ya a esa hora se puede topar con gentes ajetreando en los andenes y con ancianos entreteniéndose la vejez, apacibles, en las bancas del parque. Él les vería y se le vendría a la mente—seguro que sí— un grupo de mansos dromedarios. Mientras que los perros, ignotos, sórdidos, continúan su carrera en el galgódromo imaginario. Anda un poco. A la izquierda ahora. Pasaría por la tienda de los cachacos con sus vitrinas atestadas de todo, profusas. Con un salón contiguo, con mesas y con parlantes segregando música y se le haría extraño no haberles escuchado antes. Lo normal fuese que en una de esas mesas estuviera Jolgorio Mutis con una cerveza en la mano, comenzando su borrachera de los

viernes. ¿Entraría a la tienda a comprar una caja de cigarrillos y le regalaría uno a Jolgorio—pues se acercaría hasta él al verlo entrar— que de forma tan diplomática le pediría uno? A lo mejor, porque su cuerpo lo pediría, no le daría sólo un cigarrillo, sino que se sentaría en la mesa con él y bebería unas cuantas cervezas más. Entonces conocerá la historia que hay detrás de aquel hombre de maneras distinguidas. Su historia fabulosa de cómo sobrevivió al secuestro de un grupo armado en uno de los corregimientos perteneciente al pueblo; a todo el mundo lo ha contado. Pero a él le encantaría, sobremanera, no la historia, sino la forma en que aquel hombre con nombre de oxímoron fumaba los cigarrillos, como si fuese un actor y le tocara representar la forma perfecta de cómo se debe fumar uno. Olvidando el objetivo de su llegada al pueblo, o, mejor, ignorándola. Para ese entonces el sol ya se estaría escondiendo detrás del edificio colonial situado en frente de la librería Di Benedetto. Y de repente, como si un interruptor fuese accionado, el lugar cobraría vida, gentes por todos lados con murmullos de diálogos ininteligibles. Ambos se sentirán ebrios, pero más él, que hurga en su morral y saca su libreta y envalentonado por el alcohol se dispone a leerle parte de sus poemas a Jolgorio, sin importarle el contexto. Jolgorio los celebrará con aplausos estridente, con un cigarrillo colgándole en los labios. Entonces meterá su mano en el bolsillo, para después poner sobre la mesa, como si de una ficha de dominó se tratara, una papeleta de cocaína que él miraría con ojos de ido, sin decir nada; invitándolo a una probadita. Pero Jolgorio esnifará solo, porque él dirá que con el tabaco y la poesía basta.

Sin moverse de la mesa echará una mirada a la calle, verá la iglesia con su campanario de ladrillos desnudos, El Libertador elemental en el centro del parque, verá pasar motos fugaces con más parrilleros de la cuenta, y una brisa aburrida, venida de algún lado le confirmará su idea premonitoria de no venir a este pueblo. Pondrá otra vez su morral en los





hombros y saldrá del negocio, mareado. Enfilará calle abajo, sin saber claramente dónde llegar. En otro tiempo solía hacer esto, caminar para arrullar una idea concebida o para agravar una sensación, hacerla más palpable. Ahora—en este momento— se me acaban las ideas, tan rápido como siempre. Pienso: si no se va a las extremidades del pueblo y vaga por callejuelas de arrabales viendo las casas pobrísimas con personas hablando en sus terrazas y de vez en vez un perro desconfiado le ladrará en sus tobillos hasta sentirlo lejos de su territorio, pero él no le prestaría atención, caminaría hasta cansarse, para luego intentar conseguir un hotel si no logra antes conseguir transporte que lo lleve nuevamente a su ciudad desde donde vino. O tal vez, con algo de alcohol corriendo por sus venas y cediendo a sus apetitos, le consultará a Jolgorio o a Di Benedetto por una casa de putas y pasaría la noche con una de ellas, para tomar bus mañana a primera hora. Conjeturo: puede que él haría todo esto al llegar, pues no me buscaría a mí en su eterno estado zombi, olvidando su compromiso, el acuerdo al que llegamos.

¡Oh! un momento. Sé cuánto te gusta la poesía y su relación con lo divino. Entre las posibles cosas que harías de visitante, por qué no, atravesarías a zancadas lentas el parque para llegar al zaguán de la iglesia y tocar con el nudillo aquella enorme puerta de dos hojas. Alguien que pase por ahí le dirá que justo en ese momento no sería escuchado, tendría que darse la vuelta, en la parte trasera, hasta la sacristía. Entonces tocará la ventana porque se sorprenderá, en

efecto, de ver una puerta con mosquitero y a través de ella al Padre Oviedo frente al televisor viendo una serie norteamericana. El Padre lo hará pasar y charlarán frente al televisor que se mantendrá encendido. Una vez estando ahí él le dirá que al comienzo de los tiempos—citando uno de sus poetas de cabecera— la poesía era la religión original de la humanidad. A continuación el Padre hará una disertación de lo que acaba de decir el visitante, y se extenderá hasta llevar a cabo una apología de la teología de la liberación, su tema favorito. En aquella sala beberán un café negro que el Padre preparara en su estufa eléctrica. Apuesto que lloverá y ellos en el interior de la sacristía se sentirán más a gusto, tanto como para que el Padre le recite pasajes de la biblia en latín. Tanto como para que no sienta el paso del tiempo ni para mí escuchar el doblar de campanas.

Se me hace que nuestro personaje no vendrá, apuraré ésta bebida. La tarde se está poniendo, e incluso ya los perros dejaron de correr, y alguien que —que no debe ser de aquí— le saca con su celular una foto al monumento del centro del parque. Mejor iré a casa, quizá se arrepintió a última instancia o el autobús se averió en la carretera lejos de cualquier población. A lo mejor lo llame luego y le pregunte qué ha sido de él, lo estuve esperando... pero por si las moscas llegaré al local del italiano y le diré que me avise si llega un poeta por el lugar. Y sólo por seguridad llegaré a la tienda de los cachacos. Desde aquí puedo ver a Jolgorio Mutis empinar su segunda cerveza, y le diré lo mismo que al italiano. **E**

# POESÍA

## La nieve se derretirá

//Fabián Fernández\*

Estudiante de Lingüística y Literatura  
Universidad de Cartagena

Esconder las trompetas  
Mientras flota en la distancia la voz de  
una flauta  
Trayendo el presagio  
A eso vine a la cumbre.  
La nieve se derretirá,  
Los caminos se abrirán  
Hasta entonces, me quedaré en el frío  
de la montaña.  
Esta vida siempre será una metáfora  
Que nos perseguirá en la siguiente  
La redundancia de caer y recaer en el túnel  
Pero en tu propio espacio te concentras  
Hasta lograr ser un solo átomo.  
Ni siquiera te preocupa  
Si será un leve descenso o una  
abrupta caída. **E**

## Yo

//Carlos Salvador Hernández

Estudiante de Lingüística y Literatura  
Universidad de Cartagena

No puedo ser yo todos los días,  
¡lástima!  
Y padecer las cosas desde una sola arista,  
Desde un solo ángulo.  
Cómo quisiera ser yo todos los días,  
sin variar,  
con uniformidad en calma e  
imparcialidad miope para las cosas.  
Sin fragmentarme y sin sufrir interpolaciones;  
Mantener la tersura de un charco de plomo y  
La inocencia sagrada de un recuerdo de infancia.  
sin derramarme en lo otro y mantener a raya  
esa torpe costumbre de ostentar la posibilidad  
de ser. Aquello. Esto. **E**



\* 1er puesto II Concurso Universitario de Poesía y Cuento Raúl Gómez Jattin, en el marco de las XII Jornadas Culturales Héctor Rojas Herazo. Universidad de Cartagena. Categoría: poesía. Premio compartido con Carlos Salvador Hernández.

*Palabras dichas por Caspar David a sí mismo ante*  
**El caminante sobre el mar de nubes a fines de 1818**

1

Me hago tambalear en las cornisas por cuestión de higiene; porque nuestra alma tiene que ser ensanchada por grandes emociones para arrojar de sí los residuos de un parto reciente y cotidiano. Porque lo bueno—y en esto insisto—de perder la inocencia es que también se pierden los prejuicios. Hay que dejar de ser, por momentos, hombres de lunes, de martes, hombres de miércoles, de jueves, hay que dejar de ser hombres de los días y comenzar a pasearnos por las cornisas y despedazar nubes con nuestros tobillos.

2

¡Alejaos de las sabanas! Hay que rebasar estribaciones y asentarse en las cumbres, y que nuestra mirada se congele ante la profundidad de las alturas y el azul de las distancias; es así que sentimos la sensación beatífica de sabernos un pequeño gránulo, deleznable, insuficiente: Sometidos a las veleidades de la naturaleza soltamos las cadenas que nos atan a la intimidad invidente de un cuerpo.

3

Tú que te plantas ahora frente a este óleo no podrás ser cimbrado por la fuerza contenida en cada trazo, en cada color. ¡Anda mujer! ¡Anda hombre! rehúye tu mirada y plásmala en cosas más acordes contigo. Sólo aquél abismado en sí mismo podrá, como yo, segar nubes con los pies.

**Atención**

Ya en la cima, para subir el resto, habrá que bajar. Con el pecho ensanchado al vacío. **E**





## Canción anfibia

//Juan Felipe Guevara\*

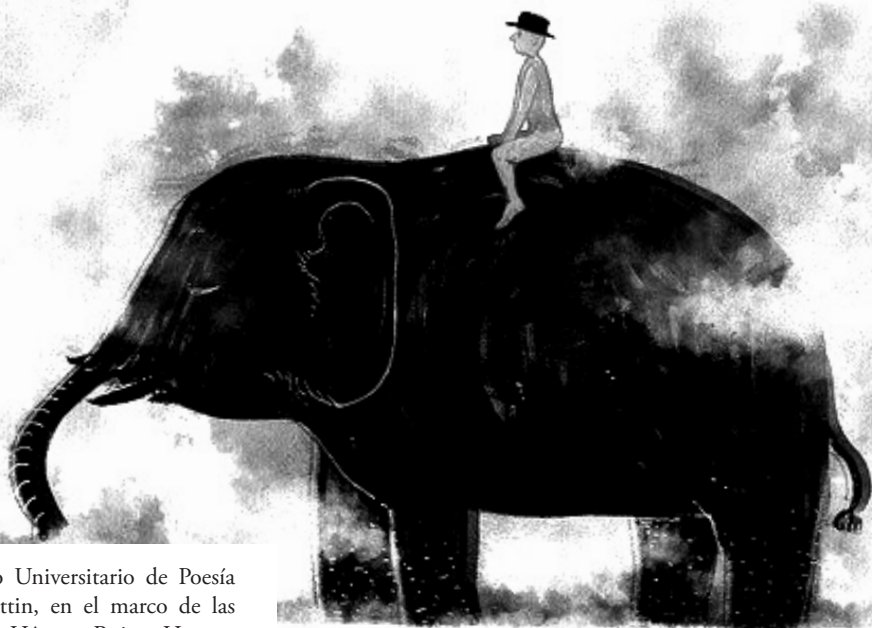
Estudiante de Lingüística y Literatura  
Universidad de Cartagena

*A diego*

Arrastrando sus escamas  
lentamente la serpiente avanza  
Su vientre hinchido  
tres veces a lo largo  
Sugiere acaso  
la engullida previa  
Tras un cacao el niño  
acecha a la víbora que  
reptando se acerca a él  
Se lanza entonces el asesino a su presa  
Tres sapos croan en la hierba **E**

## Vuelo dulce

Qué pato más extraño  
pensaba el niño luego de arrojarlo al río  
Bruscamente movía las alas empapadas  
impulsando el vuelo dulce de las gotas  
Patas largas y dedos separados  
rompían el agua  
como un rastrillo que labra la tierra  
Su puntiagudo pico  
en vaivén emergía y se hundía  
Desde la orilla  
Intranquilo observaba el niño  
en la cabeza del ave  
la rojísima cresta **E**



\* 2do puesto II Concurso Universitario de Poesía y Cuento Raúl Gómez Jattin, en el marco de las XII Jornadas Culturales Héctor Rojas Herazo. Universidad de Cartagena. Categoría: poesía.



## La máscara desfigurada de una mujer se acerca

No tiene ojos Ni voz propia  
Su corazón no habla Sólo gime  
Gemidos forzados por una vida maldita

En tiempos de gloria apenas era cara  
De milagro miraba Y en ocasiones silbaba  
¿Su corazón? Como siempre  
Vendido

En la infancia si era rostro  
Con el rabillo del ojo lograba ver almas  
y cantaba mientras movía el pilón  
En su pecho un corozo  
Rojo como amor de abuela

Se escuchan pucheros De la niña  
mitificada en las arrugas  
Llora bajo la piel arcaica  
a la máscara grita  
Pide que guarde -entre cicatrices-  
El recuerdo inocente que la parió **E**

## Taburete astral

//Juan Garay\*

Estudiante de Lingüística y Literatura  
Universidad de Cartagena

Recostado en un taburete  
y este recostado a la pared  
Los pensamientos hacen un viaje  
aunque sólo de ida  
El viento arenoso de la Guajira  
espabila en los párpados del soñador  
le recuerda que tiene una Mae  
Un Pae  
Un Manito

El abuelo muerto y la abuela casi ciega  
rompen el pocillo de la memoria  
Se convierte en una gota  
delicada y áspera  
Que al contacto del aire  
se desvanece **E**



\* 3er puesto II Concurso Universitario de Poesía  
y Cuento Raúl Gómez Jattin, en el marco de las  
XII Jornadas Culturales Héctor Rojas Herazo.  
Universidad de Cartagena. Categoría: poesía.